

# JOSÉ REVUELTAS. *LOS ERRORES*.

## UNA CIUDAD CÁRCEL, UNA CÁRCEL CIUDAD.

Ezequiel Maldonado

"No hay un solo sitio para el descanso y la plenitud; al final de todo sólo existen la desesperanza, el abandono, el morir"

José Revueltas

La ciudad de México a principios de los años cuarenta transita hacia un proceso modernizador con todos los atributos y maldiciones de las nacientes metrópolis. La creciente inmigración del interior de la república, desmemoriada desde esa época, omite la contradicción campo/ciudad, 'pureza/perversión'<sup>1</sup>/ y está a punto de claudicar ante el atractivo del infierno citadino y su inevitable secuela: el anonimato, la segregación, la mayor indiferencia, la menor influencia de las reglas sociales, la marginación de

los buenos modales. La ciudad se está liberando de las normas morales de provincia, y es el vértice de la heterodoxia y la disidencia.

En la ciudad que describe Revueltas ya arraigó un proceso centralizador del poder político dominante, también presente en el comercio y la industria, las telecomunicaciones y la energía eléctrica; la centralización y concentración de capitales en unos cuantos individuos propicia la miseria de múltiples manos. Es una ciudad que, en la década de los cuarenta, representa un punto de transición decisiva en el desarrollo urbano con millón y medio de habitantes y un crecimiento desmedido. Ya desde esta época se vislumbra el predominio de la ciudad sobre toda la república.

### UNA CIUDAD AL FILO DE LA NAVAJA

Contadas obras dentro de la literatura mexicana nos dan una percepción tan cabal sobre la ciudad de México como *Los errores* de Revueltas. Hablo de una percepción: la capacidad de recobrar al través de nuestros sentidos, y mediante variados estímulos, múltiples sonidos, diversas sensaciones. La ciudad descrita en la novela penetra por la vista, el oído, el olfato. Un telefonema nos remite a los



Catedral Metropolitana. Archivo Arturo Ortega

diversos sonidos del centro de la ciudad de México de los años cuarenta; al través de un personaje oculto en un baúl oímos charlas y percibimos imágenes de un despacho ubicado en la Merced. Estas impresiones que se materializan en nuestros sentidos provienen de una ciudad en perpetuo movimiento, una mole viviente que amenaza con despedazar, engullir, aniquilar, a quienes ignoran o pretenden desconocer leyes que la rigen.

El día y la noche de esta ciudad, descritos por Revueltas, desquician el sentido común, y una lógica impuesta donde el día representa lo diáfano y luminoso, y la noche lo tétrico e inasible. En la novela, a una agobiante noche de incesantes caminatas, encuentros y desencuentros, le sucede un día donde acechan la fatiga y la desesperanza, la traición y la muerte. En ese día y esa noche los personajes deambulan en el centro de la ciudad, el mínimo reposo es mortal y el tránsito ininterrumpido les lleva

inexorablemente a un camino sin retorno: seres atrapados en el límite de su existencia pero que, al estar precisamente en el filo de la navaja, les permite establecer vínculos genuinos; etapa en que personajes de otras tramas o argumentos 'normales' ya agotaron sus posibilidades.

En la primera parte de la novela la ciudad se nos presenta como evocación al citar uno de los personajes, Mario Cobián, la calle Ribera de San Cosme y su popular barrio. Recrea esta mágica evocación nos enlaza con otra imagen presente: un edificio y su azotea, y todas las azoteas de la ciudad: amplios y reducidos espacios para lavar, tender la ropa y chismear, bodega improvisada de tiliches y trastos; sitio de abrazos y besos furtivos, para el cachondeo y hasta la relación sexual; espacio fugaz para escapar de la policía, observatorio cotidiano del vecindario; receptáculo de sueños y pesadillas, opción para liberar tensiones. Las azoteas recrean el

universo de la suciedad y limpieza capitalinas.

Revueltas narra en sus memorias los juegos infantiles en la azotea, 'su mirador'; de ahí atisba el gran escenario que es la Merced descrito posteriormente en *Los errores*: "La luz parda del atardecer, sucia, indecisa se arrastra sobre las azoteas, entre los tinacos del agua..."<sup>2/</sup> Desde este mirador fortuito, en un cuarto de hotel, Mario Cobián evoca una niñez donde las emociones primarias se desencadenan en la estrecha libertad de otra azotea, en otro tiempo, y bajo la tensión del raro placer de "estar encima de las casas, o más bien de las gentes, unido a ellas de modo invisible, como Dios, a quien nadie ve..." (p.18) Cobián, como Dios, sí ve a todo mundo y urde, "... tendido boca abajo, con el pecho apoyado en el suelo de la azotea y al resguardo de unos viejos cajones que escondían su cuerpo", (p.19) juegos y fantasías que repercutirán en su existencia.

Esa 'luz parda del atardecer, sucia, indecisa', cual funesto augurio, abre el tiempo real, el espacio físico y existencial, en que transitan los personajes de la novela. Un tiempo real que no rebasa las veinticuatro horas, ciclo que prefigura las situaciones-límite de los personajes en sus contradicciones: la sordidez en que vive el lumpenproletariado y el atrapamiento de militantes de izquierda entre el proyecto revolucionario y su vida cotidiana. Luz que inhibe su conducta, que la determina pese a las mejores o peores intenciones, trátese del hampa o de los comunistas. Luz parda que deve

la u oculta los errores o más bien el error que han cometido estos seres.

Revueltas afirma en su "Autoanálisis literario" que: "...El hombre es un ser erróneo", escribe Jacobo Ponce, personaje de la novela. En este enunciado se cifra la problemática entera de la obra: el mundo de la enajenación, el hombre que no se pertenece, viene a ser el alucinante paradigma de lo que a *contrario sensu*, deberá ser algún día el mundo real. No se trata de ninguna clase de errores particulares, sino del *error*. La novela no se circunscribe a los errores políticos ni tampoco a una criminalidad específicamente vista a guisa de documento o de truculencia policiaca. Es el hombre erróneo el que hace la política y el que también comete los crímenes políticos o de índole privada...<sup>3</sup>/ Es la condición humana, a que se refieren Ponce-Revueltas, que rebasa posiciones ideológicas y destraba la maniquea reducción izquierdizante: ideología burguesa frente a ideología proletaria.

Anécdota de *Los errores* un hombre, Mario Cobán, encarga una maleta en la casa de un prestamista, Don Victorino. En el equipaje va oculto un enano, *Elena*, Elena-no, con el propósito de robar al usero. Paralelamente a esta acción, los militantes del Partido Comunista Mexicano, PCM, preparan huelgas, paros escalonados y el asalto a las oficinas de la Unión Mexicana Anticomunista. Esta última acción resulta una trampa: el gobierno y los facistas están alertas y prestos para decapitar a la *Bestia* comunista, co-

mo ellos llaman al PCM. La trama de la novela le permite a Revueltas dilucidar un ajuste de cuentas, un litigio político que arranca de los años treinta con sus excamaradas iniciado con *Los días terrenales* y *El cuadrante de la soledad*. En *Los errores* la ciudad, no toda, el hoy llamado Centro Histórico de los años cuarenta, es el punto de encuentro 'incidental', espacio en que convergen una variedad de formas de vida o una división 'natural' del trabajo: el cantinero y el policía de crucero, las putas y el padrote, el guarura y el agente de tránsito, el vendedor ambulante y el ama de casa, el esqui-

rol y el sindicalista, el ruletero y el prestamista. Todos ellos productos 'naturales' de las condiciones de vida urbana; cada uno con su peculiar experiencia, conocimientos y punto de vista, en una feroz lucha por determinar y afirmar su individualidad.

El hotel-coartada en donde se hospeda Mario Cobián, en Jesús María o en la avenida Circunvalación, no es un hotel de cinco estrellas, si acaso de tercera o quinta categoría pues Mario, disfrazado como agente viajero cargando baúl y pequeña maleta, compara la atención que recibiría un defeño o una pros-

José Revueltas



tituta pobre al trato dispensado a un turista. El pago anticipado por el cuarto y la mirada suspicaz del administrador 'certifican' su transitoria condición de vendedor. Otro dato: el acecho de un empleado que, al escuchar ruidos en la habitación de Mario, inquiere "¿se metió alguien en el cuarto?", y el cuidadoso registro y la interrogante-certeza "¿a quién metió en el cuarto?", nos habla de un hotel de mala muerte en donde, sin el menor rubor, el administrador o el empleado atisban, 'reprueban' y se hacen de la vista gorda, si se les llega al precio, ante furtivos encuentros entre homosexuales.

Ubico el hotel en esas calles por la imprescindible cercanía de un despacho, el del prestamista, que estará, a la vez, enfrente o a un lado de una céntrica y populosa zona de comerciantes: la Merced. Ese despacho-casa de Don Victorino está en la calle de Manzanera: zona de enormes bodegas y locales mercantiles. Comerciantes en verdura, legumbres, fruta "... acudían a la refacción diaria de Don Victorino -nunca más de veinte pesos- para reponer un artículo que, de no venderse el propio día, ya estaba podrido a la mañana siguiente" (p.55) En el despacho se repite un ciclo: la hora de las ratas, una hora en que, a decir de Don Victorino, "salen cuando ya no hay nadie aquí: son muy puntuales". Revueltas vivió su niñez en la esquina de Uruguay y Las cruces, cercado por bodegas, locales comerciales, desperdicios y lodo que 'huelan a caño' y las inevitables ratas de la Merced; segu-



ramente quedó marcado ante ese alucinante mundo.

Don Victorino, además de prestamista, se nos revela como un ferviente anti-rojo de la época. Mantiene una estrecha relación con los facistas a través de cuotas que aporta a la Unión Mexicana Anticomunista. Esa relación será la llave de acceso que le permite intuir la densa atmósfera de un ambiente urbano nociva para los comunistas: "El aire entero de la ciudad se cargaba de un misterioso suceder, de una actividad inconcreta e insomne (...) Centenares de individuos de las más diversas apariencias, pero todos con el aire inofensivo, gris, indiferente, se estarían trasladando de un extremo a otro de la ciudad para ocupar sus puestos. Se les vería en los autobuses, en el vestíbulo de los cines, ante los establecimientos comerciales, en los cafés, en las esquinas céntricas, en la proximidad de los edificios públicos, inaparentes, despreocupados, en la actitud de quien trata de distraerse con algo o matar el tiempo de algún modo..." (p.79) El retrato hablado de guaruras o 'madrinas' de la época,

asesinos a sueldo, con la pretendida apariencia de guardar un anonimato similar al de la policía china, nos describe el mimetismo de seres inmersos en la escenografía urbana.

## LA CIUDAD DE MÉXICO, UNA REFLEXIÓN TEÓRICA

Si la luz parda del atardecer penetra al través de los vidrios de una habitación de hotel, los múltiples y variados ruidos de la ciudad arribarán hasta Jacobo Ponce, militante comunista, mediante un teléfono descolgado: "cláxones impacientes y rabiosos, la sirena de una ambulancia, el pregón largo y cantado de los periódicos de la tarde (...) con una entonación lastimera y una especie de desmayo en las sílabas finales hecho para sustituir una vocal por otra, indolentemente: *Grafeco-Noticieees*, entre e y a (por Gráfico y Noticias), con un ligero modular casi cínico" (p.85). Esas imágenes telefónicas inducirán en Jacobo Ponce, posteriormente, otra percepción de la gran urbe: caos e incertidumbre, vidas vacías y absurdas, con los 'insensatos' gritos del periodiquero, las mentadas de madre de los choferes. Al final, sin mediación telefónica o imaginativa, recibirá el impacto directo de sonidos que ascenderán hasta el piso de su departamento: "Allá abajo en la plaza, se desarrollaba un espectáculo único y en cierto sentido aleccionador, visto desde el décimo piso. Una fija y torpe danza zoológica, de mastodontes de todos tamaños, tenaces hasta la im-

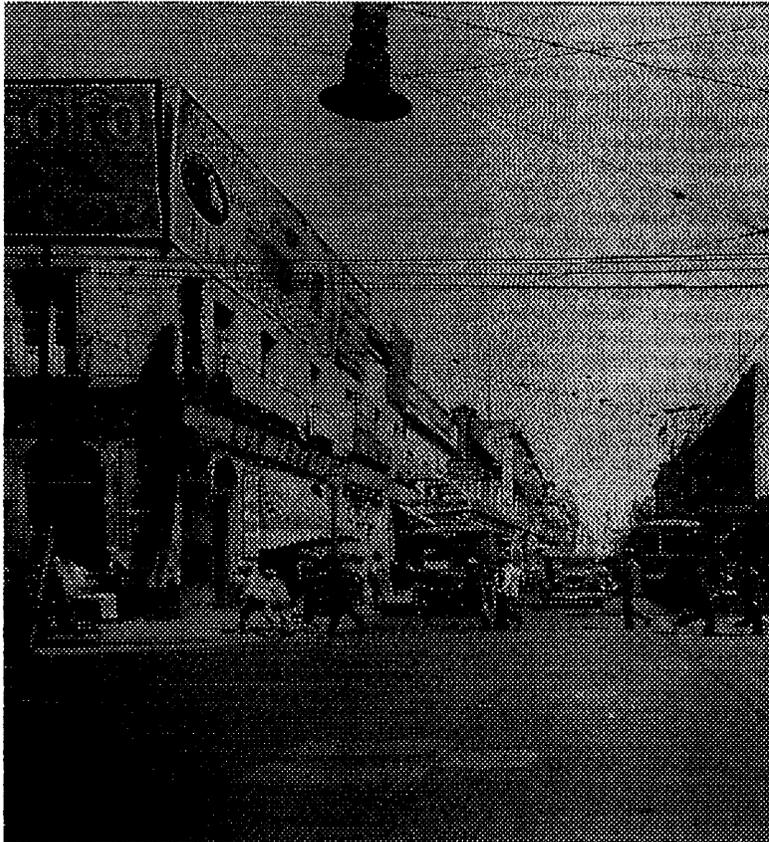
becilidad, trabados en una lucha inmóvil y severa, asombrosa por la total ausencia del más leve sentido. Gigantescos ómnibus y transportes, tranvías y automóviles de alquiler, habían formado inopinadamente, un laberinto del cual no acertaban a salir, y entonces su único recurso era chillar, chillar como cerdos a los que condujesen al matadero, cada uno preso en la red del otro, cada uno inconsciente y culpable, y cada uno también, rabioso y soberano. Había en aquello algo infernal, de pesadilla viviente, al margen de no ser sino un simple embotellamiento del tránsito" (p.91-92).

Estos tres momentos de un escenario similar darán pie a Revueltas, vía Jacobo Ponce, a una amplia disertación sobre la locura e irracionalidad, y también un cierto orden, sobre la vida citadina. Mediante un alejamiento del objeto de estudio, la urbe, pretende admirar desde una dimensión más objetiva, e introduce el artificio de un extraterrestre que contemple esa realidad (ciudad-autos-hombres) utilizando un 'método racionómico'. Este ser racional "...miraría el espectáculo desde el más distante porvenir (...frente a una) actitud de los objetos por cuanto a las relaciones entre unos y otros; inquietud, por cuanto

a la dirección de su impulso. ¿Sería real la actitud y la inquietud de estos objetos, o no era sino sólo una existencia absurda? Aquí radicaba el problema de la racionalidad en el sentido en que él quería descubrirla" (p.94) La conciencia que muestran Jacobo Ponce-Revueltas-ser racional interplanetario es una conciencia profundamente urbana: 'descubren' un mundo mecánico con autos, teléfonos -aun el hombre, un bípedo con extensiones y palancas- ruidos y sonidos en donde al lado de la irracionalidad y el caos subsiste cierto tipo de armonía. Es un mundo donde imperan formas geométricas, esferoidales y poliédricas, y coexisten el movimiento-pensamiento y el movimiento-ruido.

Revueltas introduce la relación sujeto-objeto desde una perspectiva filosófica. La presencia del absurdo, lo sin sentido, abre dimensiones insospechadas en un análisis que juega con lo irracional. Así, en la confrontación de lo racional y lo irracional, la perspectiva del artista, mediante la imaginación y la inventiva, emerge triunfante. La imagen del laberinto en el caos vial de la ciudad avala la presencia del minotauro y, simultáneamente, la de Ariadna: el grave problema se tornará intrascendente: "...tomado el hilo de Ariadna en las manos, el Minotauro dejaba de existir en el mismo momento. No había un Minotauro individual y privado. Todos eran el Minotauro" (p.99) Similar a la infernal condición del ciudadano, el Minotauro en su laberinto carece de elección.

Foto Archivo Arturo Ortega



Tal disertación revela una constante en la obra de Revueltas: la enajenación del individuo. Un individuo atrapado por objetos de toda índole que cobran vida propia, al margen de su propio creador, se presentan a sí mismos y poseen mayor 'vitalidad' que quien los admira y compra. Es un proceso de deshumanización, el hombre fragmentado y vuelto contra sí mismo, que termina por volver al hombre en un extraño de su propia personalidad. "En cambio el hombre se reapropia a sí mismo y se desenajena cuando, a través de todas sus relaciones con los demás hombres y con las cosas, se objetiva como ser unitario y cuya *otredad* ha dejado, por ello, de serle hostil"<sup>4</sup>/ Pero estamos hablando de un mundo donde los objetos *no* sean la objetividad enajenada del hombre, sino por el contrario expresen la "realidad de sus propias potencias y la realización de su individualidad, esto no será otra cosa que el mundo verdaderamente libre"<sup>5</sup>.

En "El hombre de la multitud" de Edgar A. Poe un viejo camina en la noche por las calles de una gran ciudad. A medida que transcurre el tiempo y la desolación hace presa de estas calles el hombre se precipita hacia otro barrio y otra avenida donde se abrirá camino con dificultad entre la muchedumbre. Al caer la noche y disminuir el número de transeúntes, el hombre corre hasta una plaza y después una feria, iluminadas y rebosantes de vida, donde, fatalmente, el bullicio cederá ante los contados pasos de unos pocos trasnochados. Más adelante se

mezclará con espectadores que abandonan un teatro para, de nueva cuenta, tomar una ruta que lo conduce a un ruidoso barrio en su búsqueda de 'sonidos humanos'. Penetra en una bulliciosa cantina y percibe el tránsito de una eufórica multitud a la tristeza de los últimos parroquianos. Es la madrugada, y ahora nuestro hombre se desplaza hacia el corazón de la metrópoli, el punto de partida, donde crece el bullicio con la actividad comercial. El torbellino aumenta y el hombre de la multitud se halla en su elemento vital.

Con las distancias de época y el grado de urbanización alcanzado en Londres o los EE.UU., los personajes de Revueltas son los hombres de la multitud del sudesarrollo mexicano: sus relaciones de tránsito se producen en situaciones de interacción mínima y da la impresión de que están en la frontera misma de no ser relaciones de ninguna especie. En los caldos de pollo como abonados, en la cantina bebiendo en la misma barra, en el amontonamiento de la calle, estos hombres y mujeres no están conscientes de 'estarse tomando mu

Partido Comunista Mexicano. © Salvat



tuamente en cuenta'. Casi nunca buscan el contacto visual, excepto para determinar cómo pueden anticiparse a otras formas más intensivas de contacto. En México hay un tiempo muy restringido de contacto visual, prolongarlo innecesariamente implica graves riesgos. Y en esta interacción particular se toman medidas para trascenderla sin problemas.

Olegario Chávez y Mario Cobián en su infinito tránsito nunca pasean por la ciudad: su caminar es un medio de transporte, no como un medio de vida, no como una manera de estar en la ciudad. Conocen muy bien el centro y ni por asomo se muestran dubitativos ante cual calle o avenida tomar. Nadie se pierde en estas calles, como difícilmente nos extraviamos en los centros o plazas latinoamericanos. Olegario o Mario situados en las calles de Correo Mayor saben que a derecha e izquierda hay calles paralelas que a su frente o espalda serán todas perpendiculares, no hay pierde. El centro estará a unos pasos y ahí se encontrará la Catedral y Palacio de Gobierno. Es la lógica de un urbanismo que nos fue impuesto por siglos de dominación y que Mario y Olegario, en la novela, lo asumen sin problema.<sup>6</sup>

## UNA CIUDAD 'POLITIZADA'

La ciudad que describe Revueltas, entre 1940–41, transita por un proceso 'modernizador' sin retorno. Es

una ciudad y un país donde se revertirán logros alcanzados en el sexenio cardenista como el retroceso en la repartición de ingresos a las capas populares y la elevada concentración y centralización del capital en la burguesía y oligarquía mexicanas. A la vez, se dinamiza la desnacionalización de la economía con la presencia de *trusts* y monopolios norteamericanos. Para 1943 la inflación hace estragos en los niveles de vida de las clases populares y toda protesta y acción que convoque paros y huelga obreros serán calificadas y combatidas por 'ilegales'. Ávila Camacho, quien confiesa públicamente su militancia católica, utiliza como pretexto la conflagración mundial para reprimir a la clase trabajadora. Atrás, muy atrás, quedaron las masivas concentraciones cardenistas en las calles de las ciudades, las multitudes que salían para apoyar, y también rechazar, las medidas gubernamentales. La presencia ciudadana en las calles, cual termómetro político, no era del agrado de todos: sectores de la oligarquía, agazapados en el cardenismo, inician con Ávila Camacho una feroz ofensiva contra la presencia de la chusma. En la euforia anticomunista surgen agrupaciones 'defensoras' de la democracia y contra el peligro rojo: Frente Anti-Comunista de Trabajadores al Servicio del Estado, Vanguardia Avilacamachista, el recién formado PAN y la Unión Nacional Sinarquista: representan a la derecha y al fascismo mexicanas. Es en estos años, 1940–1941, en que se sitúa la acción de *Los errores*.

Esta ciudad, en tiempo y en espacio, será la misma que poetiza Efraín Huerta en *Los hombres del alba* (1944). No es gratuito: él y Revueltas fueron contemporáneos, amigos, camaradas en el PCM. Ambos manejan estéticamente esa ironía ambivalente, el amor-odio o la atracción-rechazo, que se perfila, por ejemplo, en Declaración de odio:

"Amplia y dolorosa ciudad donde caben los perros, la miseria y los homosexuales, las prostitutas y la famosa melancolía de los poetas, los rezos y las oraciones de los cristianos. (...) Ciudad negra o colórica o mansa o cruel, o fastidiosa nada más: sencillamente tibia. Pero valiente y vigorosa porque en sus calles viven los días rojos y azules de cuando el pueblo se organiza en columnas, los días y las noches de los militantes comunistas, los días y las noches de las huelgas victoriosas, los crudos días en que los desocupados adiestran su rencor agazapados en los jardines o en los quicios dolientes"<sup>7</sup>

M. Berman identifica esa contradicción o ironía ambivalente como una actitud, ¿un estado de ánimo?, sobre todo de los literatos hacia las ciudades modernas: "cuanto más condena la ciudad el que habla más vívidamente la evoca, más atractiva la hace; cuanto más se di-



Foto Laurence Salzmann

socia de ella, más profundamente se identifica con ella, más claro está que no puede vivir sin ella"<sup>8</sup>. Y en esa fascinación–repulsión vivieron el poeta y el novelista, y aun los actuales moradores de esta ciudad padecemos el influjo de esa perpetua contradicción, esta benévola maldición.

En el capítulo XI de la novela, Mario Cobián, alias 'el muñeco' recorre el centro de la ciudad en un taxi, y le indica al ruletero el camino a seguir: "Agarre por Lecumberri para que después se meta por Ferrocarril Cintura", posteriormente el auto toma en dirección a la calle de Los Herreros, en la col. Morelos "... hacia donde comenzaban las interminables hileras de puestos de comidas. Eran unas barracas horribles, con el aspecto de cenicientos murciélagos que tuviesen las alas desplegadas" (p. 120), donde Mario acude al puesto de *La Jaiba*, vendedora de caldos de pollo; ahí, en los múltiples y fortuitos encuentros, estará Olegario Chávez, el militante

comunista, echándose un caldo de pollo con garbanzos. Al sitio arribará *La Magnífica*, una amiga de Mario, y los dos irán a la Plazuela de la Candelaria de los Patos, a la casa de *La Magnífica*. Después Mario, en un lapsus de memoria, aparecerá en Santa María la Redonda esquina con República de Honduras. Un camión lo lleva a la calle de Manzanares, donde el enano ha asesinado al prestamista. Huyen del lugar, el enano en una maleta, hasta el barrio de San Lázaro; ahí, Mario arroja la maleta al Canal del Desagüe.

En esta delimitada descripción Mario Cobian nunca viola nuevos espacios de esta ciudad–laberinto. Su itinerario es en el centro de la ciudad, espacio que domina y conoce al dedillo, pues le indica al chofer, un experto ciudadano, por donde transitar. Mario vacilará con la Jaiba, se acostará con *La Magnífica*, tomará unas copas en una cantina, admirará el cadáver de Don Victorino, arrojará al enano en la mierda del Canal. En los múltiples even-

tos que protagoniza, combina su exasperante rutina con el prodigio de lo extraordinario pero, todos estos afanes, sin convicción, sin pena ni gloria.

Olegario Chávez, el rojo, se dirige a una imprenta clandestina del Partido Comunista, por las calles de la antigua colonia de la Bolsa –'de fama por sus rateros y criminales'– acuerda una serie de medidas con sus camaradas, aprovecha unos minutos para ir a Manzanares y descubrir el cadáver de Don Victorino, el prestamista. Han transcurrido unas doce horas y ya es la mañana del otro día. Camina unas cuadras hasta las calles del Carmen para encontrar a un camarada: entran a un café de chinos a tomar un café que nunca prueban. Hay demasiada tensión antes del asalto al edificio de la Unión Anticomunista. Otro comunista, Enero, conduce un auto que estaciona en la esquina de Academia y Guatemala y, después, pasa frente del edificio de los facistas, en la calle de Justo Sierra, donde rescatará a los camaradas. Desde su auto, Enero "Miraba el frente de Guatemala y dos cuadras más allá, después de Jesús María, su prolongación en La Santísima: la ruta que debía tomar dentro de unos minutos para doblar en el Callejón de San Marcos, y de ahí otra vez a la izquierda por la calle de Mixcalco que a partir del jardín de Loreto ya era la de Justo Sierra" (p. 303).

El asalto a la Unión... por los comunistas ha resultado una genuina tragicomedia de equivocaciones: se han matado entre ellos y, en este guiñol, uno de los militantes que no

entraba en los planes ha sido asesinado por un jefe policiaco. El comunista Olegario Chávez ha sido detenido y se le culpa hasta por el asesinato del prestamista. Los izquierdistas expiarán con el silencio sus culpas ya que, como señala Revueltas, todas las circunstancias condenarán al inocente dentro de este gran equívoco. A la tragedia de su militancia se suma la traición de una dirigencia burócrata que ha pactado con la clase dominante de la época.

Ante crímenes y asaltos, muertes gratuitas y por encargo, violencia civil e institucional de tal magnitud la ciudad trasciende su papel de observadora, es testigo fundamental y en su comportamiento ante el rastro de sangre manifiesta una 'extraña atmosfera cargada de presagios' "... Este amenazante reposo de las calles; esta quietud de acero. Era como si la ciudad se hubiese elevado un poco más sobre sus dos mil y pico metros de altura y la creciente delgadez de un aire enrarecido apenas permitiera respirar. Una ciudad que levitaba, sin tocar la tierra con los pies..." (p. 343) ¿Por qué presagios y amenazas después de lo acontecido? Otra catástrofe es inminente, lo peor apenas se perfila en la ya sufrida ciudad. Revueltas se pregunta "¿Mediante qué hilos misteriosos se enteraban los habitantes de que algo insólito iba a ocurrir?"

Olegario Chávez, el comunista y Mario Cobián, el padrote, son en cierta manera hombres de la multitud. Transitan con una gran ansiedad y enormes dosis de locura por gran parte de la zona céntrica. No

hay reposo posible en esa tarde, en la noche, en la madrugada. En esta novela de encuentros y desencuentros, los dos tienen compromisos 'citas' que cumplir y están emplazados para ello. En un máximo de veinticuatro horas recorrerán calles y avenidas, burdeles públicos e imprentas clandestinas, puestos de comida y cantinas, bazares y despachos, para definir su destino. El lumpen y el militante se hermanan en "... una de las visiones más auténticas y complejas que haya dado nuestra literatura de los estratos más desamparados y sórdidos de la vida urbana de México (...) Nunca en México se ha llegado a mayor profundidad de novela urbana como en *Revueltas*"<sup>9</sup>.

En este ambiente altamente politizado la aparente libertad de tránsito en las calles resulta un espejismo: a la ausencia de espacios para el 'descanso y la plenitud' se añade un ambiente tenso y de opresión que de hecho prefiguran la principal carencia del país: una genuina vida democrática.

José Revueltas, como Dios, observará desde su mirador en Las Cruces y Uruguay todos los acontecimientos: es un lugar privilegiado pues en la otra cuadra está Manzanares donde habita Don Victorino, el usurero, y deambulan La Magnífica y Lucrecia en busca de clientes. A seis cuerdas, al norte, observará con todo detalle las oficinas de la Unión Anticomunista y los movimientos de los izquierdistas. Admirará el enorme despliegue policiaco y los cientos de guaruras vestidos de civil en el zócalo, señales de una próxima

marcha obrera. Sí que es un verdadero privilegio tener esa libertad. La misma que el polizone le pronostica a Mario Cobián. "Estas en libertad. Tienes la ciudad por cárcel".



## NOTAS

1 En 1941 se exhibe en México la película *Del rancho a la capita* y cuya publicidad rezaba así: "Una historia real e impresionante que presenta el contraste entre la sencilla gente del campo de corazón sano y la que vive en la gran ciudad, pervertida por el modernismo y sobre una base de falsedad e hipocresía". Las buenas intenciones de este 'itinerario de la virtud al vicio' no lograron inhibir la inmigración. Emilio García Riera. *Historia documental del cine mexicano*. México, Ed. Era, 1975, p. 36.

2 José Revueltas. *Los errores*. México, Organización Editorial Novaro, 1975. p. 18. (Las siguientes referencias a la obra aparecerán entre paréntesis)

3 José Revueltas. "El autoanálisis literario" en *Cuestionamientos e intenciones*. Segunda edición. México, Ediciones ERA, 1981, p.229.

4 José Revueltas. "Libertad y técnica en el mundo contemporáneo" *Ob. Cit.* p. 217.

5 *Ibidem*.

6 De ahí el extrañamiento y la desorientación en una ciudad como Managua donde la plaza o el Centro fue destruido en el último de los terremotos, en 1972. Gracias al urbanismo colonial algunas ciudades como Amsterdam o Colonia, Alemania Federal, nos inhiben y nuestro sentido de orientación nos provoca malas jugadas ante los anillos o arterias circulares. Miguel Rojas-Mix. *La plaza mayor*. El urbanismo, instrumento de dominio colonial. Barcelona, Muchnik Editores, 1978. 243 pp.

7 Efraín Huerta. *Poesía 1935-1968*. México, SEP, 1986. P.80.

8 Marshall Berman. *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. Segunda ed. México, Siglo XXI, 1989, pp. 199-218.

9 J. J. Blanco. "Medio siglo de literatura en México" en *Política cultural del Estado mexicano*. México, SEP, 1983, pp. 115-116.

